



ACTO SEXTO

CUADRO VIII

MISERIA Y DESALIENTO

La misma decoración del acto segundo, pero casi despojada de todos sus muebles. Es de noche. Al alzarse el telón aparece la estancia débilmente iluminada por la luz mortecina de una vela.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA está sentada a la derecha, en segundo término, en una silla baja. Tiene en su regazo a ADELA, arrebujada en una manta. A la izquierda, también en segundo término, se ve a BUENA-MUERTE ceñudo y sombrío. De cuando en cuando, agitan su cuerpo agarrotado por el reuma, ráfagas de ira, oleadas de desesperación.

NICANORA ¡ Pues, señor ! hoy también vamos a tener que acostarnos sin haber podido tomar, en todo el día, ni un solo bocado.

BUENA. Como ayer... como mañana... como siempre... ¡ Y ni un rayo de luz !

NICANORA Y que ya no hay nada que llevar al empeño. Nos hemos quedado sin muebles, sin ropa, sin lo más necesario para la vida.

BUENA ¡ Ah, huelga maldita !

NICANORA ¡ Qué desgraciados somos, abuelo ! Si hasta Dios se ensaña con nosotros. No bastaba con nuestra miseria, no bastaba con la muerte de mi pobre Belisario, para que se me enferme también esta niña, cuando

no puedo darle ni una taza de caldo, ni una medicina.

BUENA. Ni viene el médico.

NICANORA ¡ Ah ! ya se hubiese apresurado si fuésemos ricos.

ADELA (Con voz muy débil y apagada. Sus dientes castañean.) ¡ Madre !...

NICANORA ¿ Qué quieres, tesoro ?

ADELA Frio... tengo frío...

NICANORA Y sin lumbre. ¡ Virgen mía ! ¿ Se puede llegar a un extremo tan grande de miseria ?

ADELA Madre, no te aflijas así... ¡ Si vieras ! Ahora tengo calor... Madre, no me quites del sol que estoy muy bien... ¿ Me dejas jugar con esa niña ? Tiene una muñeca muy bonita con los ojos azules y el pelo rizado. Igual ¿ sabes ? que la de aquella niña rica que se llama Rosario...

NICANORA ¡ Angel mío ! Ahora delira. Su frente abrasa. Y el médico sin venir. ¡ Ah ! ya no le espero. Le habrán dicho que no venga.

BUENA. Pues, ¡ claro está ! (Se oyen pasos precipitados que se acercan.)

ESCENA II

Dichos y ESTEBAN, por el foro.

NICANORA ¡ Ah ! no es...

ESTEBAN ¡ Vaya una semana ! ¡ Y vaya un invierno ! Si no nos mata el hambre, ha de acabar con nosotros el frío.

BUENA. Y los patronos sin ceder.

ESTEBAN No importa, resistiremos a pesar de todo. Cuando se está al lado de la justicia, se acaba siempre por triunfar.

NICANORA ¡ Ah, sí, Esteban, antes morir que darles la razón !

ESTEBAN ¿ Y Catalina ?

NICANORA Ha salido. La he mandado a la mina a

- buscar carbonilla. Ya que no comemos, que al menos tengamos lumbre.
- BUENA. Y que no hay ningún compañero nuestro que pueda socorrernos. El barrio entero, Esteban, agoniza en estos instantes de hambre.
- ESTEBAN. Lo sé. Por donde quiera me acosa la horrible visión. Por todas partes veo á los nuestros luchando sin pan, sin fuego, sin luz, muertos de hambre, de frío, sombríos, mudos, ante los estériles lamentos de las mujeres y los niños. Y entonces, la terrible responsabilidad que sobre mí pesa, me anonada y me abate el ánimo y me llena la mente de dolorosas cavilaciones. ¿Debo aconsejarles todavía la resistencia cuando ya no tenemos nada, ni fuerzas, ni crédito, ni dinero? ¿Y cuál va a ser el desenlace? ¿Cómo conservar el valor ante el horrible cuadro de niños que agonizan, de madres que sollozan, de hombres fatídicos y escuálidos, que llevan ya en su cerebro, sin confesárselos a sí propios, el irrevocable designio de bajar a la mina? ¡Ah! la idea de que la compañía va a poder más que nosotros me aterra, me vuelve loco, Nicanora...

ESCENA III

Dichos y CATALINA, por el foro.

- NICANORA. ¿Eres tú, Catalina?
- CATALINA. Sí, madre.
- NICANORA. ¿Traes eso?
- CATALINA. No. Por poco me pega el vigilante.
- NICANORA. Quieren que nos muramos de frío.
- CATALINA. Pero traigo noticias. (Ansiedad en todos los personajes.) Ha llegado más tropa.
- ESTEBAN. Sí, han erizado todo el país de bayonetas.
- CATALINA. El número de nuestros compañeros que

- están decididos a bajar a la mina aumenta por momentos.
- BUENA. ¡Estamos perdidos!
- ADELA. Madre, madre mía, ¡qué cosas tan bonitas veo! Una casa toda azul... toda azul... Parece la casa de los ángeles.
- NICANORA. ¡No digas eso, cielo! ¡Ay! mi hija se muere...
- BUENA. ¿Lo ves, Esteban? Esto no puede seguir así. Mi hijo bajo tierra, mi nieta allí, agonizando... ¿Qué es lo que esperamos?
- CATALINA. ¡Ah! abuelo... Tendremos que rendirnos.
- NICANORA. ¿Qué has dicho, Catalina? ¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca!
- CATALINA. Pero, madre, ¿no ves que estamos desnudos, hambrientos, muertos de frío, que carecemos de todo? No nos resta más que morir. ¡Si esto parece el fin del mundo!
- NICANORA. Mira, Catalina, no hables más de rendirnos, porque voy a ponerte la mano en la cara. ¿De modo que después de habernos muerto de hambre dos meses enteros día por día, de haber vendido casi todo nuestro menaje, de haber matado a mi marido, de estar muriéndose esta niña, iba a resultar nuestro sacrificio estéril y la injusticia volvería a reinar sobre nosotros? ¡Ah! cuando pienso en esto, la rabia me ahoga. No, lo quemaría todo, lo destruiría todo antes que rendirme. Y óyelo bien, Esteban, si volvéis a la mina soy capaz de ir a esperaros a la mina para escupiros a la cara.
- CATALINA. Pues mira, madre, yo sí que voy a volver a la mina. Desengáñate, así no podemos seguir. Tendremos pan al menos.
- NICANORA. ¡Cállate, Catalina! Antes prefiero que nos saquen á todos entre cuatro.

ESCENA IV

Dichos y el DOCTOR MOREL, por el foro.

- DOCTOR (Encendiendo una cerilla.) ¡Diablos! No se ve aquí ni una gota.
- NICANORA ¡A Dios gracias, doctor!
- DOCTOR Hija, no sabes tú el trabajo que me ha caído. Hasta ahora no he podido venir.
- NICANORA Si no le digo a usted nada...
- DOCTOR ¿A ver, qué tiene ésta? ¡Pché! Lo de todas. Os habéis obstinado en luchar con el hambre, y el hambre ha de poder más que todos vosotros.
- NICANORA Dígame usted, doctor, ¿encuentra usted bien que Dios me quite una niña tan dulce, tan inteligente, tan servicial, que me ayudaba tanto?
- DOCTOR ¡Pobrecita! No sufrirá ya más en este mundo...
- NICANORA ¡Adela! ¡Adela! ¡Hija mía!
- DOCTOR Ha muerto de hambre la chiquilla. Nicanora, sábelo. Y no es la única. Acabo de ver a otra aquí al lado. Me llamáis para medicina y es carne lo que necesitan vuestros hijos. (Sale por el foro.)

ESCENA V

Dichos, menos el DOCTOR.

- NICANORA (Sollozando amargamente.) ¡Dios mío! mátame a mí también... ¡¡Mata a todos los demás!! ¡Por piedad, concluyamos de una vez! ¡Hija mía! ¡Hija de mi alma!
- CATALINA (Llorando también.) ¡Madre! ¡Madre! ¡Adelita! ¡Pobre Adelita!
- BUENA. ¿Carne? ¡Rayos y truenos! ¿Carne es lo que necesitan? La tendrán... De nuestros verdugos...

- ESTEBAN (Por la Nicanora.) Llévesela usted arriba, con la niña; aquí no está bien.
- BUENA. (Levantándose.) Anda, Nicanora, vamos arriba.
- NICANORA ¡Quita, padre! ¿No ves que la niña duerme? No turbes su sueño, te lo pido.
- ESTEBAN ¡Infeliz! El hambre y el dolor trastornan su cerebro.
- NICANORA ¡Ay! desdichada de mí... ¿No es un sueño lo que me pasa? Antes de todos estos horrores aún se podía vivir. Es verdad que apenas ganábamos para comer, pero no faltaba ninguno de nosotros. Y ahora, ¿qué es lo que ha pasado? ¿qué es lo que hemos hecho para sufrir una pena tan grande?... Mi marido muerto, Juanillo lisiado, Adelita muerta también; nosotros deseando que la tierra se trague nuestros restos. Es verdad que nos trataban peor que a bestias de carga y que no era justo que para nosotros solos fuera el palo y para otros el deleite. Uno se decía: esto no puede seguir así; tienen que darnos nuestro puesto al sol. Pero esto no dejaba de ser también una ilusión. ¿Es posible que uno pueda hacerse tan desgraciado luchando por el triunfo de la justicia?
- ESTEBAN No desesperes, Nicanora. De esta sangre nuestra, que ha empapado la tierra, ha de surgir el mundo nuevo, el mundo de los pobres y de los humildes.

ESCENA VI

Dichos y DEMETRIO, por el foro.

- DEMETRIO Pero no por ese camino. Eres un iluso, Esteban.
- ESTEBAN ¡Ah! ¿Eres tú, Demetrio? Tú siempre con tus ideas de odio, de destrucción, queriendo siempre reformar el mundo...

DEMETRIO ¡ Por la fuerza ! Sí, ¡ destruirlo todo ! No más naciones, no más gobierno, no más propiedad, no más culto...

ESTEBAN ¿ Y a dónde iríamos a parar sin todo eso ?

DEMETRIO A un mundo nuevo, a la renovación de todo lo existente.

ESTEBAN ¿ Medios de ejecución ?

DEMETRIO El fuego, el veneno, el puñal...

ESTEBAN ¡ Ah ! no, no... ¿ El asesinato ? ¿ el incendio ? ¡ Jamás ! Es monstruoso, es injusto. Todos mis compañeros se levantarían como un solo hombre para castigar al culpable.

DEMETRIO ¡ Está tan lleno de tinieblas vuestro cerebro ! Trabajáis para vuestros enemigos.

ESTEBAN La semilla está echada. Si no nosotros nuestros hijos la recogerán.

DEMETRIO ¿ No has leído los avisos que la compañía ha mandado poner esta mañana ?

ESTEBAN Sí. La compañía brinda con el perdón, aun a los mineros más comprometidos. ¿ Por qué me lo preguntas ?

DEMETRIO Porque estoy seguro de que todo el rebaño de que eres pastor ha de bajar a la mina. ¡ Sois unos cobardes !

ESTEBAN ¡ Ah ! no, no condenes a mis camaradas. Un hombre solo puede ser valiente ; pero no toda una multitud que se muere de hambre.

ESCENA VII

Dichos y un grupo de mineros, por el foro.

MINE. 1 Esteban...

ESTEBAN (Estremeciéndose ligeramente.) ¿ Qué hay ? ¿ Qué queréis, amigos míos ?

DEMETRIO Ahí tienes lo deleznable de tu obra. Los discípulos que empiezan a renegar del maestro.

MINE. 2 Venimos a decirte que no podemos resistir más.

MINE. 1 Que nosotros, que nuestras mujeres y nuestros hijos estamos agonizando de hambre.

MINE. 2 Y que hemos decidido bajar a la mina.

DEMETRIO ¡ Cobardes ! ¡ cobardes ! y ¡ cobardes !

MINE. 1 ¿ Qué dices ?

ESTEBAN Que no me opongo. Que nadie tiene derecho a imponer una muerte segura a ningún semejante suyo. Haced lo que os plazca.

MINE. 2 ¿ Y tú ?

ESTEBAN (Con fuerza.) Yo no bajo.

CATALINA Pues yo sí, Esteban.

ESTEBAN ¡ Catalina !

CATALINA Yo sí,

DEMETRIO Y él también, no tengas cuidado. Cuando una mujer se atraviesa en el camino de un hombre, ese hombre está perdido.

ESTEBAN Pues no te engañas, Demetrio ; si ella baja, yo también.

CATALINA ¡ Gracias, Esteban !

MINE. 1 (Alegremente.) ¡ Mañana !

ESTEBAN (Lo mismo sin poderlo remediar.) Mañana.

MINE. 2 (Lo mismo.) Sí, mañana.

DEMETRIO (Para sí.) El júbilo vil del perro que tras del palo entrevé la pitanza que le arroja el amo. ¡ Ah ! misera humanidad... ¿ Vale la pena de escatimarte, acaso ? Mañana, infames, mañana será vuestro último día... ¡ Yo os lo juro ! (Alto.) Oye, Esteban, tú no bajas.

ESTEBAN Si ella baja, yo también.

DEMETRIO ¡ Te lo suplico !

ESTEBAN Pues bien, ¡ sea ! Un yugo menos...

MINE. 1 (Tendiéndose los tres las manos.) Mañana.

MINE. 2 Mañana.

ESTEBAN Sí, mañana.

MUTACIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625

CUADRO IX

LA CATASTROFE

La misma decoración del cuadro primero.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR HENNEBEAU, PABLO NEGREL, en el centro del escenario. Grupo de mineros que entra atropelladamente por la derecha, con sus lámparas en la mano y con el pánico y el dolor en el semblante. El SEÑOR DANSAERT marcha a su cabeza.

HENNE. Pero, ¿qué pasa? ¿Qué es ese estrépito?
¿Qué son esas carreras?

DANSAERT La mina se derrumbó. El agua mana por todas partes.

HENNE. Pero, ¿qué ha sido?

DANSAERT Se ha roto el revestimiento.

PABLO ¿Así como así se rompe un revestimiento? El miedo le hace a usted exagerar, Dansaert. (Durante este diálogo, algunos mineros hacen en la plaza animados comentarios; otros se dispersan por el pueblo y llevan a todas partes la terrible nueva.)

DANSAERT Le digo a usted que no.

PABLO Será necesario verlo. Abajo no habrá quedado nadie, ¿no es eso?

DANSAERT Nadie. Al menos así lo creo. Sin embargo...

PABLO ¿Estáis en duda? ¿Y no os halláis en vuestro puesto? ¡Por vida de...! ¡Así abandona uno a su gente! (Dirigiéndose a los mineros que se hallan en la plaza.) A ver, muchachos, contad vuestras lámparas.

MINE. I Es que algunos de nosotros han perdido las suyas, señor Negrel.

PABLO ¡Diantre! Pues pase usted lista, Dansaert.

DANSAERT Tampoco es posible. Muchos de los mineros se han ido ya al pueblo.

PABLO Eso es, a esparcirme la nueva, a alarmarme a las mujeres. Y tengo casi la certeza de que abajo hay gente.

MINE. I Sí, señor Negrel; asomándose a la boca del pozo se perciben claramente, entre el ruido del agua y el crujir de la madera, quejidos desesperados.

ESCENA II

Dichos. Un tropel de mujeres que llega por la derecha invade la escena. La dirige la NICANORA. Con sus grandes gestos trágicos acaban de aumentar el horror de esta escena.

NICANORA Queremos saber los nombres de los que faltan, señor Negrel.

PABLO Aún no podemos deciroslo. Tened paciencia.

NICANORA ¡Paciencia! Guárdela para usted, señor Negrel, que no tiene a nadie de su sangre en la mina. (Dirigiéndose a uno de los mineros.) Oye, tú, no veo aquí a Catalina. ¿Dónde está Catalina?

MUJERES ¡Los nombres! ¡Los nombres!

PABLO Cuando los sepamos os los haremos conocer. No abriguéis ninguna inquietud. Los salvaremos a todos. Voy a ver cómo está eso. Preparaos a seguirmé. (Negrel desaparece por la derecha.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL.

NICANORA ¡ La Virgen bendita de los Desamparados venga en su ayuda ! (Dirigiéndose a los mineros.) Pero, contadnos, ¿ cómo ha sido eso ?

DANSAERT Ya a la bajada de la jaula sentimos un crujido terrible. Los hierros parecía que iban a romperse y la conmoción fué tan grande, que nos echó a los unos encima de los otros.

MINE. I Sin embargo, pudimos llegar abajo, pero en medio de una lluvia torrencial que nos calaba hasta los huesos.

DANSAERT Nos pusimos a trabajar de firme, pero no las teníamos todas consigo. De cuando en cuando ruidos extraños, ecos de lejanos y vertiginosos galopes al través de las galerías subterráneas llegaban a nuestros oídos...

MINE. I Como si nuestros demás compañeros que trabajaban en los otros filones huyesen a la desbandada.

DANSAERT En esto uno de los capataces viene sobre corriendo y nos grita : « Muchachos, sálvese el que pueda... ¡ A las escalas ! »

MINE. I Y de pronto nos encontramos arriba, al aire libre, sin saber ni cómo habíamos subido.

NICANORA ¡ Dios misericordioso !

ESCENA IV

Dichos y PABLO NEGREL, que vuelve por la derecha.

DANSAERT (Ansiosamente.) ¿ Qué ?

PABLO Vengo lleno de terror. La catástrofe no

ha sido casual. Una mano criminal la ha producido.

DANSAERT Pero ¿ cómo ? ¿ No se ha engañado usted ?
PABLO No. Estoy seguro de ello ; he visto las piezas aserradas ; destornilladas las tuercas.

DANSAERT Pero ¿ puede haber en el mundo un hombre con el valor suficiente para realizar tan espantosa tarea ?

PABLO ¡ Sí, los cabellos se me erizan al pensarlo !
¡ Ah ! no, jamás se ha visto tan soberano desprecio de la muerte.

MUJERES ¡ Los nombres ! ¡ Los nombres ! ¡ Queremos que nos digan los nombres.

PABLO No podemos perder el tiempo ahora en eso. Hay que proceder en el acto al salvamento de los infelices sepultados.

MUJERES ¡ Los nombres ! ¡ Los nombres !

PABLO Pero ¡ callaos de una vez ! Todavía no los sabemos. Ya os lo hemos dicho.

MUJER. I Lo saben, pero no lo quieren decir.

MUJER. 2 Quieren que nos muramos de angustia.

MUJER. I ¡ Que enloquezcamos de dolor !

PABLO Corramos, muchachos. No hay tiempo que perder.

(Sale por la derecha seguido de un numeroso grupo de mineros.)

MUJERES ¡ Salvadlos ! ¡ Salvadlos !

MINE. I Allí está Esteban. Allí está también Catalina.

DANSAERT Sí, los hemos visto. Habrá como unos veinte hombres.

MUJERES ¡ Salvadlos ! ¡ Salvadlos ! (Los mineros restantes salen también por la derecha.)

NICANORA ¡ Virgen mía de las Angustias ! ¡ Sálvala !

MUTACIÓN A OSCURAS

CUADRO X

EL AMOR Y LA MUERTE

La misma decoración del cuadro segundo. A la izquierda y derecha un pequeño montón de rocas que se han desprendido cuando la ruptura del revestimiento. Sobre las de la izquierda están sentados Esteban y Catalina; sobre las de la derecha, Chaval.

ESCENA PRIMERA

ESTEBAN, CATALINA y CHAVAL.

- CATALINA Esteban...
- ESTEBAN ¿Qué quieres, Catalina?
- CATALINA ¿Qué tiempo hará que estamos aquí?
- ESTEBAN Catalina de mi vida, no lo sé. He perdido por completo la noción del tiempo. ¿Siglos? ¿Horas? Yo creo que hace ya toda una eternidad.
- CATALINA Sí, sí, debe de hacer ya mucho tiempo... Mis ideas se confunden... Siento dos vacíos intolerables: el uno en mi cerebro y el otro en mi estómago. Y luego, Esteban, me parece que con unos garfios agudos me pinchan y me arrancan las entrañas.
- ESTEBAN Es el hambre, el hambre maldito que ha de acabar con nosotros. También yo empiezo a sentir sus atroces mordeduras en mi estómago.
- CATALINA Aun recuerdo, Esteban, aquel espantoso grito de nuestro capataz... «A las escalas. Sálvese el que pueda».
- ESTEBAN Nuestra penosa marcha por las galerías, colgada tú de mi cuello, pues el miedo y la fatiga te clavaban en el sitio de donde era preciso huir a todo trance...

- CATALINA Luego el hundimiento repentino de la galería...
- ESTEBAN El desplome de la roca enorme que nos cerró el camino.
- CATALINA Y nos sepultó aquí en vida. Y para siempre. ¿Qué hacen nuestros compañeros? ¿Cabe mayor suplicio, Esteban, que el que nos condena a morir lejos del sol, lejos del mundo, en la flor de nuestra vida? ¡Oh! y ese hombre... ese hombre siempre con nosotros. (Señalando a Chaval, que, acurrucado en una roca, los contempla con odio y recelo.)
- ESTEBAN (Mirando a Chaval.) El destino arrojólo a mi paso, entre los dos, desde mi llegada a la mina, y el destino quiere también que sea común nuestra suerte, como el odio que nos separa y como el rencor que nos divide.
- CATALINA ¡Tengo hambre, Esteban!
- ESTEBAN ¡Ah, pobre Catalina mía! No tengo nada que darte. Créeme que te daría mi carne, si la quisieras, para alimentarte.
- CATALINA ¡Oh, calla, Esteban! ¡Qué horror!
- (Chaval saca del seno media libreta de pan y se la come ansiosamente. Esteban y Catalina contemplan como come, con doloroso afán y con salvaje codicia.)
- CHAVAL No me mires así, Esteban, porque no he de partir contigo mis provisiones. Todavía hay aquí sitio para dos hombres. Veremos quien sucumbe primero, a menos que no vengan antes a salvarnos, lo que se me antoja muy difícil.
- ESTEBAN (Por la libreta que Chaval come.) ¿La quieres, Catalina? Será para ti.
- CATALINA (Sujetándole impetuosamente.) ¡Ah! no, ¡nunca! Esteban, a ese precio ¡nunca!
- CHAVAL Catalina, si quieres, te cedo la mitad, pero a ti sola.
- ESTEBAN ¡Tómala!
- CATALINA (A Chaval, con desprecio.) ¡Gracias, cómetela!
- CHAVAL Ya vendrás a pedírmela. Mira, te la reservo. (Guardándose la mitad en el seno.) Pero

ha de ser con la condición de que cambies de compañero. Has de venir a sentarte aquí, a mi lado.

CATALINA No.

ESTEBAN (Retirando sus brazos, con que la tenía enlazada, tras una breve, pero tremenda lucha moral.) Anda, Catalina. Por mi estás libre. ¡Vete con él!

CATALINA ¡Nunca, Esteban!

CHAVAL ¡Anda, tonta, ven!

ESTEBAN ¡Dios mío! no me faltaba más que este horroroso suplicio. ¡Muerte cruel, muerte inclemente, no tardes en venir!

CATALINA (Sollozando amargamente.) No, Esteban, ¡nunca, nunca!

ESTEBAN (Levantando y yendo de una a otra parte de su tumba subterránea, como un león enjaulado.) ¡Oh, y no poder salir de aquí! ¡Verse preso entre estos muros malditos, sintiendo el aliento odioso de ese hombre! ¡No poder tener el consuelo de morir lejos de él, cuando menos! ¡Tener que sufrir que venga a disputarme a esa mujer, aun en la hora sagrada de la muerte! ¡Tener que vivir las pocas horas que me restan de vida con el pensamiento atroz de que si muero antes que él ha de profanarla con el asqueroso vaho de su lujuria! ¡No! ¡Dios inmortal!... ¡No! ¡Dios Todopoderoso, haz que mi mano sea un rayo, un ariete!... (Coge del suelo un pedazo de carbón y comienza a golpear furiosamente el muro. Después tiende el oído ansiosamente.) Nada... nada... (Tira el carbón al suelo con desesperado arranque.) Nos han abandonado. ¡La muerte, Dios mío, la muerte de ella y mía, antes que esta horrible promiscuidad con ese hombre!

CHAVAL (Levantándose y yendo hacia Catalina.) Toma, yo no quiero dejarte morir de hambre como ese amante que tienes y que no sé para qué te sirve.

ESTEBAN ¡En nombre de Dios, déjala!

CHAVAL No quiero.

ESTEBAN Si no la dejas, ¡te mato!

CHAVAL (Sacando un cuchillo.) Si, tienes razón. Ya es tiempo de que muera uno de los dos.

(Esteban saca también su cuchillo.)

CATALINA (Levantándose con penoso esfuerzo y yendo a interponerse entre ambos.) Esteban... Chaval... ¡por Dios!

(Esteban y Chaval se apartan a otro lado de la escena y se ponen a luchar con encarnizado furor. Catalina contempla la lucha, paralizada por el espanto. Esta dura poco. Chaval cae muerto de una certera cuchillada en el corazón.)

ESTEBAN ¡Por fin! Ya no nos molestará más...

CATALINA (Aterrorizada.) ¿Ha muerto, Esteban?

ESTEBAN (Ferozmente.) ¿Lo sientes?

CATALINA (Dejándose caer, como desplomada, sobre la roca de la derecha.) ¡Ah, mátame a mí también! ¡Matémonos los dos!

ESTEBAN Si hubiese sabido que tenías que sentirlo tanto, me hubiese dejado matar por él.

CATALINA No es eso, Esteban. ¿Cómo vamos a vivir ahora con ese muerto a nuestro lado? ¡Ah! lo voy a tener siempre delante de mí... Si, sí, cierro los ojos y le veo siempre... Esteban, mira, mira cómo nos amenaza. ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!

ESTEBAN ¡Cálmate, Catalina, vida mía! Estoy yo contigo.

(Suenan de pronto débiles y sordos golpes dados contra la parte exterior de la roca, por las piquetas de los mineros.)

CATALINA (Estremeciéndose y tendiendo el oído hacia la parte donde suenan los golpes.) ¿No oyes, Esteban?

ESTEBAN ¿Qué?

CATALINA Son ellos, son nuestros hermanos que vienen en nuestra ayuda.

ESTEBAN Es el grisú que sopla su llamarada de muerte, al través de las hendiduras de las rocas.

CATALINA ¡Quitame, quitame a ese hombre! Lo tengo en pie, aquí, delante de mí. ¿No oyes esos pasos, Esteban? ¡Es la muerte, la

- muerte que viene a buscarnos! (Llevándose las manos al estómago.) ¡Ay!
- ESTEBAN ¿Qué tienes, Catalina?
- CATALINA Unas tenazas... aquí... aquí... ¡me desgarran, me trituran! ¡quitámelas también!
- ESTEBAN ¡Dios mío! Va a morir de hambre. ¡Y no poder!... ¡Ah!... (Se arroja sobre el cadáver de Chaval, le busca ansiosamente en el seno y le quita el resto de comida que aun guardaba en él.) ¡Toma! ¡Toma!
- CATALINA ¿De dónde has sacado esto? ¿De dónde? ¡Ah, sí, es de él! ¡Qué horror y qué asco! ¡Quita, quita, no puedo!
- ESTEBAN ¡Toma, Catalina, toma! Tu vida, antes que todo.
- CATALINA No, no... (Se echa, sin embargo, sobre la comida que le presenta Esteban y la devora ansiosamente.)
- ESTEBAN ¿Te sientes mejor?
- CATALINA Sí, sí, Esteban; ahora me siento muy bien. Y siento un calor... ¡En tus brazos! ¡Quiero estar en tus brazos! ¡Siempre así, siempre, Esteban mío!... ¡Ya no nos separaremos más!...
- ESTEBAN ¡Catalina, amor mío!
- CATALINA Dime, Esteban, ¿por qué está tan oscuro? Llévame al sol, llévame a la luz.
- ESTEBAN Sí, sí, ahora mismo.
- CATALINA ¿Qué es eso? ¿No es el canto de los pájaros? ¿No es el rumor del agua de una fuente? Sí, sí, oye, Esteban.
- (Vuelven a sonar contra la roca golpes mucho más fuertes y distintos.)
- ESTEBAN ¡Catalina! ¡Ya están ahí! ¡Son ellos, Catalina!
- CATALINA ¡Chaval, Chaval, vete! ¡Vuélvele a matar! ¡Esteban! ¡Me quiere llevar con él! ¡Vete! ¡Vete, maldito! ¡Te aborrezco! ¡No quiero más que a Esteban, a Esteban, a Este...! (Cae muerta en brazos de Esteban. Suenan nuevos golpes.)

- ESTEBAN ¡Catalina! ¡Catalina! ¡Dios mío! ¡Llegan demasiado tarde!

ESCENA II

Dischos y la NICANORA, por la izquierda, seguida de un grupo de MINEROS con picos y azadones.

- NICANORA (Precipitándose en la galería.) ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Dónde está?
- ESTEBAN Ahí... ahí...
- NICANORA ¡Muerta! ¡Muerta! (Lanza un grito estridente y cae desmayada.)
- MINE. I ¡Pronto, Esteban, a la luz, al aire libre!
- ESTEBAN No. A la venganza, al exterminio... ¡Lo juro por el cadáver de esa mujer!...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO